NUNCA DIGAS NUNCA, por Delfina

Otra vez la misma historia. Mi madre me reñía, me gritaba 'nunca más' y, mientras, yo, lloraba de coraje.

En mi vida he aprendido que hay muchos tipos de personas. Unas tiran la toalla a las primeras de cambio, y al primer tropiezo, deciden no continuar; otras se lanzan al vacío, sin saber qué pasará, pero sabiendo que siempre habrá nuevas aventuras. Y las terceras, entre las que me incluyo yo: aquéllas que ocupan un puesto intermedio, en la línea entre el cansado y el valiente.

Aquel día supe que la bicicleta no sería nunca mi amiga. Siempre fui patosa y más bien temerosa, la bicicleta acentuaba todas estas cualidades y la historia terminaba en el suelo, junto a mi bicicleta, nueva y sin las dos ruedas pequeñas.

Fue de esa forma como nunca aprendí a montar en bicicleta. Quizás las pocas ganas y entusiasmo, y mi ya escasa sabida capacidad, determinaron que ello marcara un punto y final en mi 'infancia ciclista'.

Desde entonces nunca había sido un problema el no montar en bicicleta. Me había negado y me había unido al club de los 'perdedores'. Estaba orgullosa de ello, ya que, también, aquella era una decisión difícil.

Así pasaron años y años en mi vida. Cada día era un día nuevo, feliz, sin tener la sensación de que había algo que me perdía. Siempre creí que el destino elige la situación de cada persona y que ésta debe conformarse con lo que le toca.

Pero un día ocurrió algo que estaba totalmente fuera de mis planes, de mi destino y de mi propia persona. Me armé de valor: me había informado del uso de bicicletas tras viajar en el autobús metropolitano.

Sentía que debía intentarlo, aunque fuera una vez más. Intentaría no llorar, mi madre no estaría para chillarme, y podría pedir auxilio a cualquier transeúnte.

Nerviosa, rellené la hoja del contrato y me hice con las llaves: número 136.

El comienzo fue una hazaña memorable, pero he de reconocer que ese miedo contenido fue una adrenalina que me impulsó a intentarlo una vez más. Sentía el aire en mi rostro y mis cascos hacían que me dejara llevar por la música, el paisaje y las personas.

El paisaje del río cerca del carril me calmaba, hiciese frío o calor, lloviese o estuviese nublado. Desde aquel día hice un pacto con mi nueva amiga, para vivir juntas en paz y armonía.

Cada mañana, antes de saludar al astro rey, me levantaba feliz por disfrutar una vez más de la oportunidad de viajar volando y pedaleando, al son de la música y del viento. Nunca lo hubiese imaginado.

Aquello me hizo ver y saber que podemos rectificar en nuestro camino. Es cierto que el destino es el más fuerte guardián de vidas, pero también lo es la posibilidad de luchar y esforzarnos por cambiarlo, hasta encontrar la felicidad plena.

'Nunca abandones tus sueños' – le dije a mi madre - 'te esperarán hasta que te hagas amiga de ellos'.